

No faltan las acotaciones a su pasión astronómica: *“no he de olvidarme las noches espléndidas que seguían a los días de nuestro viaje. Júpiter, Saturno, la Luna en creciente, estrellas a millones de todas magnitudes, contempladas sin aparatos, es verdad, pero también sin obstáculos, sin límites, sin brumas, y en la disposición de ánimo necesaria para comprender y admirar”*.

Las descripciones de los lugares, tanto de los que pasa, como de las poblaciones adyacentes, constituyen una evocadora remembranza de la vida rural de aquellos entonces apartados lugares: *“Dejamos atrás a Zarzuelilla, un pueblecito encajado en bouquet de verdura semejante a un lindo juguete, y llegamos a Valverde, el pueblo de las cerezas, a que debe su celebridad por estos contornos. Es precioso, sus casas, completamente rústicas, hechas de una mampostería primitiva que se reduce a la superposición de láminas de pizarra, y piedras rojas de óxidos de hierro; de poca elevación y amplias cubiertas, de corte elegante, a pesar del total desconocimiento artístico que a presidido a su construcción. Todas ostentan una parra, cuyos tallos verdes se enroscan caprichosamente por las desigualdades de la fábrica. En la plaza un árbol enorme, muchas veces centenario, sosteniéndose en un desamparado lienzo de corteza, da al viento, a gran elevación, hermosas y robustas ramas”*.

Si algo le duele, profundamente, es que sus obligaciones en Atienza no le permitan realizar cuantos viajes desea para conocer aquellos poblaciones de ensueño, si bien se contenta con hacer uno de estos viajes con cada mes de agosto: *“Ahora heme aquí de nuevo en mis tareas ordinarias, pero conservando de la expedición pasada un recuerdo imborrable, y soñando en el proyecto de otra para el año que viene”*.

ISABEL MUÑOZ CARAVACA, Y LA FIESTA DE LOS TOROS

Son muchas las cosas que a lo largo de su vida combatió Isabel Muñoz Caravaca, una de ellas, las corridas de toros: *“he estado tres veces en los toros, una porque me llevaron, las otras dos he ido yo con deseo de estudiar a las multitudes en un estado psíquico que me parece curioso. A las corridas de pueblo no he ido nunca”*.

Ante sus airados escritos se ve en la obligación de dejar señalado que *no pertenezco a ninguna sociedad protectora de animales y que hay distancia enorme entre servirnos de los animales para sustentar nuestra vida y sacrificarlos despiadadamente para nuestra diversión*.

Puede entender, de alguna manera, las corridas de toros que se celebran en las capitales, donde se reglan, pero lo que no entenderá son las corridas de toros en las plazas de pueblo, en las que no existe, aparentemente, ley ni orden: *“En los pueblos no hay auxilios, no hay lujo, no hay arte; no hay sino un recinto mal cerrado; una gradería mal segura; dos o tres malos toreros o media docena de hombres que no saben torear, encerrados con una fiera, frente a la muerte horrible, al ensañamiento brutal del toro, y sirviendo de innoble espectáculo a una multitud que ha depuesto sus sentimientos humanos; esa multitud es el pueblo entero cuyas casas se cierran. Las corridas de toros, las de pueblos especialmente, manchan nuestras costumbres”*.

Del mismo modo que no puede entender que, mientras los estudiantes en Madrid no acuden con regularidad a las corridas de toros, si que lo hacen en los pueblos, dejando de lado otras obligaciones: *“habrá alumnos que cursen en las universidades*